

Romeo y Julieta

William Shakespeare

PERSONAJES

1. PARIS. ALEJANDRO VEGA.
2. PAJE. CAMPOS ROCHA.
3. ROMEO. ESCALANTE.
4. BALTASAR. ADRIÁN FLORES.
5. FRAY LORENZO. FRANCISCO LUIS.
6. JULIETA. PALOMA HINOJOSA.
7. CAPULETO. ANTON.
8. LADY CAPULETO. PATRICIA ROBLES.
9. PRIMER GUARDIA. LUIS FERNANDO.
10. SEGUNDO GUARDIA. DAVID RUIZ.
11. TERCER GUARDIA. ÁLVARO SILES.
12. PRÍNCIPE. SEBASTIÁN STIRLING.
13. MONTESCO. ÁFRICA RUIZ.
14. LADY MONTESCO. MIREIA RONDÓN.

ESCENA III

(Un cementerio, en medio del cual se alza el sepulcro de los Capuletos. Entra PARIS, seguido de su PAJE, que trae una antorcha y flores.)

PARIS. Paje, dame la antorcha. Retírate, y mantente a distancia. -No, apágala; pues no quiero ser visto. Tiéndete allá, al pie de esos sauces,

manteniendo el oído pegado en la cavernosa tierra; de este modo, ninguna planta hollará el suelo del cementerio, ya flojo y movable, a fuerza de abrirse en él sepulturas, sin que la oigas: en tal caso, me silbarás, siendo indicio de que sientes aproximarse a alguno. Dame esas flores. Anda, haz lo que te he dicho.

PAJE (*aparte.*) Medio amedrentado estoy de quedarme aquí solo, en el cementerio; sin embargo, voy a arriesgarme.

(*Se aleja.*)

PARIS. Dulce flor, yo siembro de flores tu lecho nupcial Querida tumba, que contiene en tu ámbito la perfecta imagen de los seres eternos, bella Julieta, que moras con los ángeles, acepta esta última ofrenda de mis manos; ellas, en vida te respetaron, y muerta, con funeral celebridad adornan tu tumba.

(*Silba el PAJE.*)

(El paje da aviso) alguno se acerca. ¿Qué pie sacrílego yerra por este sitio, en la noche presente, turbando mis ceremonias, las exequias del fiel amor? ¿Con una antorcha? ¡Cómo! -Noche, vélame un instante.

(*Se aparta.*)

(*Entra ROMEO, seguido de BALTASAR, que trae una antorcha, un azadón, etc.*)

ROMEO. Dame acá ese azadón y esa barra de hierro. Ten, toma esta carta; mañana temprano cuida de entregarla a mi señor y padre. Trae acá la luz. Bajo pena de vida te prevengo que permanezcas a distancia, sea lo que quiera lo que oigas o veas, y que no me interrumpas en mis actos. Si bajo a este lecho de muerte, hágolo en parte para contemplar el rostro de mi adorada; mas sobre todo, para quitar en la tumba del insensible dedo de Julieta un anillo precioso, un anillo que debe servirme para una obra importante. Aléjate pues, vete. -Y haz cuenta que si, receloso, vuelves atrás para espiar lo que en lo adelante tengo el designio de llevar a cabo, ¡por el cielo!, te desgarraré pedazo a pedazo y sembraré este goloso suelo con tus miembros. Como el momento, mis proyectos son salvajes, feroces;

mucho más fieros, más inexorables que el tigre hambriento o el mar embravecido.

BALTASAR. Quiero irme, señor, y no turbaros.

ROMEO. Haciéndolo, me probarás tu adhesión. Toma esto. Vive y sé dichoso, buen hombre, y adiós.

BALTASAR (*para sí.*) Por todo eso mismo voy a ocultarme en las cercanías. Sus miradas me inquietan y recelo de sus intenciones.

(Se esconde cerca.)

ROMEO. ¡Oh! Tú, abominable seno, vientre de muerte, repleto del más exquisito bocado de la tierra, de este modo haré que se abran tus pútridas quijadas; (*Desencajando la puerta del monumento.*) te sobrellenaré a la fuerza de más alimento.

PARIS. Es ese proscrito, altanero MONTESCO, que dio muerte al primo de Julieta, por cuyo pesar, según dicen, murió la graciosa joven. Aquí viene ahora a inferir a los cadáveres algún bajo ultraje. Voy a echarle mano.

(Se adelanta.)

Cesa en tu afán impío, vil MONTESCO: ¿cabe proseguir la venganza más allá de la muerte? Miserable proscrito, arrestado quedas: obedece y sígueme; pues es preciso que mueras.

ROMEO. Sí, indispensable es, y por ello vengo a este sitio. -Noble y buen mancebo, no tientes a un hombre desesperado; huye de aquí y déjame. Piensa en esos muertos y dente pavor. Suplícote, joven, que no cargues mi cabeza con un nuevo pecado impeliéndome a la rabia. ¡Oh!, vote. Por Dios, te amo más que a mí mismo; pues contra mí propio vengo armado a este lugar. No tardes, márchate: vive, y di, a contar desde hoy, que la piedad de un furioso te impuso el huir.

PARIS. Desprecio tus exhortaciones y te echo mano aquí como a un malhechor.

ROMEO. ¿Quieres provocarme? Pues bien, mancebo, mira por ti.

(Se baten.)

PAJE ¡Oh Dios! Se baten. Voy a llamar la guardia.

(Vase el PAJE.)

PARIS. ¡Ah! ¡Muerto soy! *(Cae.)* Si hay piedad en ti, abre la tumba y ponme al lado de Julieta.

(Muere.)

ROMEO. Sí, por cierto, lo haré. -Contemplemos su faz. ¡El pariente de Mercucio, el noble conde Paris! -¿Qué dijo Baltasar mientras cabalgábamos, en esos instantes en que mi alma agitada no le ponía atención? Me contaba, creo, que Paris debía haberse casado con Julieta. ¿No dijo eso? ¿O lo habré yo sonado?, ¿o es que, demente, así me lo imaginé al oír hablar de ella? - ¡Oh, dame tu mano, tú, lo mismo que yo, inscrito en el riguroso libro de la adversidad! Voy a sepultarte en una tumba esplendente. ¿Una tumba? ¡Oh! no, una gloria, asesinado joven; pues en ella reposa Julieta, y su belleza trueca esta bóveda en una luminosa mansión de fiesta. *(Dejando a PARIS en el monumento.)* Muerte, yace ahí enterrada por un muerto. -¡Cuántas veces los hombres, a punto de morir, han sentido regocijo! ¡El postrer relámpago vital, cual dicen sus asistentes! Mas ¿cómo llamar a lo que siento un relámpago? - ¡Oh! Amor mío, esposa mía! La muerte, que ha extraído la miel de tu aliento, no ha tenido poder aún sobre tu hermosura; no has sido el carmín, distintivo de la belleza, luce en tus labios y mejillas, do aún no ondea la pálida enseña de la muerte. -¿Ahí, tú, TEBALDO, reposando en tu sangrienta mortaja? ¡Oh! ¿qué mayor servicio puedo ofrecerte que aniquilar con la propia mano que tronchó tu juventud la juventud del que fue tu enemigo? ¡Perdóname, primo! -Amada Julieta, ¿por qué luces tan bella aún? ¿Debo creer que el fantasma de la muerte se halla apasionado y que el horrible, descarnado monstruo te guarda aquí, en las tinieblas, para hacerte su dama? Temeroso de que sea así, permaneceré a tu lado eternamente y jamás tornaré a retirarme de este palacio de la densa noche. Aquí, aquí voy a estacionarme con los gusanos, tus actuales doncellas; sí, aquí voy a establecer mi eternal permanencia, a sacudir del yugo de las estrellas enemigas este cuerpo cansado de vivir. - ¡Echad la postrer mirada, ojos míos! ¡Brazos, estrechad la vez última! Y vosotros, ¡oh labios!, puertas de la respiración, sellad con un ósculo legítimo un perdurable pacto con la muerte

monopolista! -Ven, amargo conductor; ven, repugnante guía! ¡Piloto desesperado, lanza ahora de un golpe, contra las pedregosas rompientes, tu averiado, rendido bajel! ¡Por mi amor! -(*Apura el veneno.*) ¡Oh, fiel boticario! Tus drogas son activas. -Así, besando muero.

(Muere.)

(Aparece FRAY LORENZO por el otro extremo del cementerio, con una linterna, una barrena y una azada.)

FRAY LORENZO. ¡San Francisco, sé mi auxiliar! ¡Cuántas veces, esta noche, han tropezado contra tumbas mis añosos pies! -¿Quién está ahí? ¿Quién es el que hace compañía a los muertos a hora tan avanzada?

BALTASAR. Él que está aquí es un amigo, uno que os conoce bien.

FRAY LORENZO. ¡Dios os bendiga! Decid, mi buen amigo, ¿qué antorcha es aquella que inútilmente presta su luz a los gusanos y a los cráneos sin ojos? A lo que distingo, arde en el sepulcro de los Capuletos.

BALTASAR. Así es, reverendo padre; y allí está mi señor, una persona a quien estimáis.

FRAY LORENZO. ¿Quién es?

BALTASAR. Romeo.

FRAY LORENZO. ¿Cuánto hace que esta ahí?

BALTASAR. Una media hora larga.

FRAY LORENZO. Ven conmigo al panteón.

BALTASAR. No me atrevo, señor; mi amo cree que he dejado este sitio y me amenazó de un modo terrible con la muerte si permanecía para espiar sus intentos.

FRAY LORENZO. Quédate, pues; yo iré solo. -Me asalta el miedo; ¡oh!, mucho me temo un siniestro accidente.

BALTASAR. Mientras dormía aquí, bajo estos sauces, soñé que mi señor se batía con otro hombre y que mi amo había matado a éste.

FRAY LORENZO (*adelantándose.*) ¡Romeo! -¡Ay!, ¡ay!, ¿qué sangre es ésta que mancha el pétreo umbral de este sepulcro? ¿Qué indican estos perdidos, sangrientos aceros, empañados, por tierra en tal sitio de paz?

(Entra en el monumento.)

¡Romeo! ¡Oh!, ¡pálido está! -¿Otro aún? ¡Cómo! ¿Paris también? ¡Y bañado en su sangre! ¡Ah!, ¿qué desapiadada hora es culpable de este lamentable suceso?

(Despierta JULIETA.)

JULIETA. ¡Oh, padre caritativo! ¿Dónde está mi dueño? Recuerdo bien el sitio en que debía despertarme; sí, en él me hallo. -¿Dónde está mi Romeo?

(Ruido al exterior de la escena.)

FRAY LORENZO. Oigo ruido. -Señora, deja este antro de muerte, de contagio, de sueño violento. Un poder superior, al que no podemos resistir, ha desconcertado nuestros designios. Ven, sal de aquí; tu esposo yace ahí, a tu lado, sin vida, y Paris también. Ven, yo te haré entrar en una comunidad de santas religiosas. No tardes con preguntas, pues la ronda se acerca. Ven, sal, buena Julieta. *(Ruido otra vez.)* -No me atrevo a permanecer más tiempo.

(Vase.)

JULIETA. Sal, aléjate de aquí; pues yo no quiero partir. ¿Qué es esto? ¿Una copa comprimida en la mano de mi fiel consorte? El veneno, lo veo, ha causado su fin prematuro. -¡Oh! ¡Avaro! ¡Tomárselo todo, sin dejar ni una gota amiga para ayudarme a ir tras él! -Quiero besar tus labios; acaso exista aún en ellos un resto de veneno que me haga morir, sirviéndome de cordial. *(Lo besa.)* ¡Tus labios están, calientes!

PRIMER GUARDIA *(desde el exterior de la escena.)* Condúcenos, muchacho. ¿Por dónde es?

JULIETA. ¿Ruido? Sí. Apresurémonos pues. -¡Oh, dichoso puñal! *(Apoderándose del puñal de ROMEO.)* Esta es tu vaina; *(Se hiere.)* enmohece en ella y déjame morir.

(Cae sobre el cuerpo de ROMEO, y muere.)

(Entra la ronda, guiado por el PAJE de PARIS.)

PAJE. Éste es el sitio; ahí donde arde la antorcha.

PRIMER GUARDIA. El suelo está lleno de sangre; id, buscad algunos de vosotros por el cementerio, echad mano a quien quiera que encontréis.

(Vanse algunos.)

¡Lastimoso cuadro! He ahí al conde asesinado y a Julieta manando sangre, caliente y apenas desfigurada; ella, hace dos días dejada aquí sepulta. -Id a instruir al príncipe; -corred a casa de los Capuletos, - poned en pie a los MONTESCOs. -Inquirid algunos de vosotros.

(Vanse otros guardias.)

Vemos el lugar en que tales duelos tienen asiento, pero lo que realmente ha dado lugar a estos duelos deplorables no podemos verlo sin informes

(Vuelven algunos de los guardias con BALTASAR.)

SEGUNDO GUARDIA. Aquí tenéis al criado de Romeo, le hemos hallado en el cementerio.

PRIMER GUARDIA. Tenedle a recaudo mientras llega aquí el príncipe.

(Entra otro guardia con FRAY LORENZO.)

TERCER GUARDIA. Ved un monje que tiembla, suspira y llora. Le hemos quitado este azadón y esta barra cuando venía de esa parte del cementerio.

PRIMER GUARDIA. ¡Grave sospecha! Retened al monje también.

(Entran el PRÍNCIPE y su séquito.)

PRÍNCIPE. ¿Qué infortunio ocurre a tan primera hora, que nos arranca de nuestro matinal reposo?

(Entran CAPULETO, LADY CAPULETO y otros.)

CAPULETO. ¿Qué es lo que pasa, que así alborotan por fuera?

LADY CAPULETO. Unos gritan en las calles, ¡Romeo!; otros, ¡Julieta! otros, ¡Paris!, y todos corren con gran vocería hacia el panteón de nuestra familia.

PRÍNCIPE. ¿Qué alarma es ésta que ensordece nuestros oídos?

PRIMER GUARDIA. Augusto señor, el conde Paris yace asesinado ahí, Romeo sin vida, y Julieta, de antemano muerta, caliente aún y acabada segunda vez.

PRÍNCIPE. Buscad, inquirid y penetraos de cómo vino esta abominable matanza.

PRIMER GUARDIA. Aquí están un monje y el criado del difunto Romeo; ambos portaban utensilios apropiados para abrir las sepulturas de estos muertos.

CAPULETO. ¡Oh, cielos! ¡Oh, esposa mía! ¡Ve cómo sangra nuestra hija! Este puñal ha equivocado el camino. Sí, ¡mira!, en la trasera de MONTESCO está su vaina vacía, -y se ha metido por error en el seno de mi hija.

LADY CAPULETO. ¡Ay de mí! Este cuadro mortuorio es campana que llama al sepulcro mi vejez.

(Entran MONTESCO y otros.)

PRÍNCIPE. Acércate, MONTESCO: temprano te has puesto en pie para

ver a tu hijo y heredero más temprano caído.

MONTESCO. ¡Ay! Príncipe mío, mi esposa ha muerto esta noche; el pesar del destierro de su hijo la dejó inánime. ¿Qué nuevo dolor conspira contra mi vejez?

PRÍNCIPE. Mira y verás.

MONTESCO. ¡Oh, hijo degenerado! ¿Qué usanza es ésta de lanzarte en la tumba antes de tu padre?

PRÍNCIPE. Tened, sellad el ultrajante labio hasta que hayamos podido esclarecer estos misterios y descubrir su origen, su esencia, su verdadera progresión. Alcanzado esto, seré de vuestras penas el principal doliente y os acompañaré en todo hasta el último extremo. Hasta entonces, reprimíos y avasallad a la paciencia el infortunio. -Haced que avancen los individuos sospechosos.

FRAY LORENZO. Yo, el más importante, el menos pudiente, soy sin embargo, puesto que la hora y el lugar deponen en mi contra, el más sospechoso de esta horrible matanza, y aquí comparezco para acusarme y defenderme, para ser por mí propio condenado y absuelto.

PRÍNCIPE. Di pues, de seguida, lo que sepas acerca de esto.

FRAY LORENZO. Seré breve; pues el poco aliento que me queda no alcanza a la extensión de un prolijo relato. Romeo, el que ahí yace, era esposo de Julieta, y esa Julieta, muerta ahí, la fiel consorte de Romeo. Yo los casé: el día de su secreto matrimonio fue el último de TEBALDO, cuya intempestiva muerte extrañó de esta ciudad al nuevo cónyuge, por quien, no por el muerto primo, Julieta descaecía. -Vos, (*a CAPULETO.*) para alejar de su pecho ese insistente pesar, la prometisteis al conde Paris y quisisteis por fuerza que le diera su mano. Entonces fue que ella vino a encontrarme y con extraviados ojos me precisó a buscar el medio de libertarla de ese segundo matrimonio, amenazando matarse en mi celda si no lo hacía. En tal virtud, bien aleccionado por mi experiencia, la proveí de una poción narcótica, que ha obrado como esperaba, dando a su ser la

apariencia de la muerte. En el intervalo, escribí a Romeo a fin de que viniese aquí esta noche fatal, plazo prefijo en que la fuerza del brebaje debía concluir, para ayudarme a sacar a la joven de su anticipada tumba; mas el portador de mi carta, el hermano Juan, detenido por un accidente, me la devolvió ayer por la tarde. Solo pues del todo, a la precisa hora de despertar Julieta, me encaminé a sacarla del sepulcro de sus antepasados, con intención de retenerla oculta en mi celda hasta que fuese posible avisar a su esposo; empero, a mi llegada, minutos antes de la hora de volver aquella en sí, violentamente acabados, me hallé aquí al noble Paris y al fiel Romeo. Despierta en esto Julieta. -Instábala yo a salir y a soportar con paciencia este golpe del cielo, cuando un ruido me ahuyenta de la tumba. Ella, entregada a la desesperación, no quiso seguirme, y según toda apariencia, atentó contra sí misma. Esto es todo lo que sé; por lo que respecta al matrimonio, la Nodriz estaba en el secreto. Y si en lo dicho ha ocurrido desgracia por mi falta, que mi vieja existencia, algunas horas antes de su plazo, sea sacrificada al rigor de las leyes más severas.

PRÍNCIPE. Siempre te hemos tenido por un santo varón. -¿Dónde está el criado de Romeo? ¿Qué puede decir sobre lo presente?

BALTASAR. Yo llevé noticia a mi señor de la muerte de Julieta y él al punto salió, en posta, de Mantua para este preciso lugar, para este panteón. Diome orden de llevar temprano a su padre esta carta que veis, y al dirigirse a la bóveda esa, me amenazó con pena de muerte si no partía y le dejaba solo.

PRÍNCIPE. Dame la carta, quiero enterarme de ella. -¿Dónde está el paje del conde? El que dio aviso a la guardia? -Tunante, ¿qué hacía aquí tu señor?

PAJE. Vino a regar flores sobre el sepulcro de su prometida; mandome estar a lo lejos, y así lo hice. Muy luego apareció uno con luz, para abrir la tumba, y a poco cayó sobre él mi amo, espada en mano. Entonces fue que corrí para llamar la guardia.

PRÍNCIPE. Esta carta comprueba las palabras del monje; el relato de su mutuo amor, la comunicación de la muerte de Julieta. Dice Romeo que adquirió el veneno de un pobre boticario y asimismo que vino a morir a

este panteón y a reposar al lado de ella. -¿Dónde están esos contrarios? -
¡Capuleto! ¡MONTESCO! -¡Ved qué maldición está pesando sobre
vuestros odios, cuando el cielo halla medio para matar vuestras alegrías
sirviéndose del amor! Y yo, por también tolerar vuestras discordias, he
perdido dos deudos. -Castigado todo.

CAPULETO. ¡Oh, MONTESCO, hermano mío, dame la mano!

(Estrecha la mano de MONTESCO.)

Ésta es la viudedad de mi hija: nada más puedo pedirte.

MONTESCO. Pero yo puedo más darte; pues, de oro puro, la erigiré una
estatua, para que mientras Verona por tal nombre se conozca, no se alce en
ella busto de más estima que el de la bella y fiel Julieta.

CAPULETO. De igual riqueza se alzaré Romeo a su lado. ¡Pobres
ofrendas de nuestras rencillas!

PRÍNCIPE. La presente aurora trae consigo una paz triste; pesaroso el sol,
vela su faz. Salgamos de aquí para continuar hablando de estos dolorosos
asuntos. Perdonados serán unos, castigados otros; pues jamás hubo tan
lamentable historia como la de Julieta y su Romeo.

(Vanse.)

FIN